



Un cuento
inspirado en

Mamá



CUENTOS GANADORES

ÚLTIMA OPORTUNIDAD

No acostumbraba beber solo, pero esa mañana despertó con resaca. Encendió el televisor a bajo volumen y pensó que sería mejor no desayunar.

La imagen de dos niñas lanzadas por contrabandistas desde lo alto de una barrera fronteriza, lo mantuvo casi un minuto sin cerrar los ojos. Se imaginó a él mismo y a sus dos hermanos menores cayendo desde las manos de su madre, que luego huía sigilosamente por el otro lado del muro de metal.

Así se había sentido ese atardecer en que llegaron por sorpresa a la casa de la tía Lidia. Su mamá les dijo que debía cubrir un turno de noche en la empresa de limpieza en que había comenzado a trabajar, pero no regresó. Con esa huida se cerraban para él doce años de peregrinaje por distintas ciudades, por diferentes conventillos y campamentos, todo en un plazo demasiado breve como para hacer amistades y dejar de sentir el vértigo de lo inestable. La necesidad de sobrevivir, aunque fuese dando tumbos desde un empleo precario a otro, los había empujado al nomadismo.

La tía Lidia, que en realidad no era familiar de ellos, sino que amiga de una lejana prima de su madre, los terminó criando como si fueran los hijos propios que nunca pudo tener. Con el paso de los años fue convenciéndolos de que la decisión de abandonarlos fue por el bien de los tres. Habían podido estudiar en forma regular, tener hobbies, comer y dormir mejor. Él incluso consiguió un cartón en la universidad. El día de la graduación, junto a su tía Lidia apareció de pronto una mujer encorvada y rugosa, de tez cenicienta, ojos hundidos y cejas escasas. Él no quiso saludarla, pero sus hermanos se reunieron con ella, siguieron viéndola periódicamente y comenzaron a ayudarla con dinero, ya que el peso de una vida dura le estaba pasando la cuenta y no envejecía bien.

Ayer domingo nueve de mayo ella había cumplido 70 años. También era el Día de la Madre, pero él no la llamó ni por uno ni por otro motivo. Había dudado, había empuñado con fuerza un par de veces el celular, pensando tal vez en dejarle el saludo en la recepción o con alguna de las cuidadoras, pero finalmente desistió. Esa ansiedad lo acompañó hasta la noche y terminó abriendo un par de botellas que había comprado apenas se levantó la cuarentena total en la ciudad.

Ahora, sentado frente al noticiero del mediodía, piensa nuevamente en llamarla, mal que mal nada le impide desearle feliz cumpleaños cuando le dé la gana y también excusarse diciéndole que el verdadero Día de la Madre es el 10 de mayo, que la otra fecha es la que dictan las tiendas del retail. Mira el celular sobre la mesa y respira hondo, hasta que una alerta de noticia de última hora lo distrae. En la pantalla, un hogar de ancianos muy parecido al de las fotos que sus hermanos le mostraron hace unos meses, donde habían decidido dejar a su mamá. El periodista habla de un brote de Covid-19, de al menos seis residentes fallecidos y decenas de contagiados, varios de ellos graves. Mientras sube el volumen para no perder detalle, el estridente sonido de una llamada entrante lo sobresalta. Apaga el televisor y toma el celular para responder.

UN RAMO DE ROSAS BLANCAS

Como cada año enfila por el camino rodeado de azaleas y arbustos. Lleva el infaltable ramo de rosas blanca del día de la madre.

A pesar del mayo otoñal, el parque parece un jardín en pleno estallido de la primavera, con las lápidas que rebalsan de flores. Mucha gente revolotea alrededor. Camina hacia la que busca. Al llegar, ve los tres ramos esparcidos a su alrededor. Sus hermanos han llegado antes. Sin soltar las rosas busca las señas de la madre ida. En su memoria se ve siempre felicitada por ser hija de una madre descollante, inteligente, capaz, que iluminó tanto la ciencia con sus conocimientos.

Deposita las flores e intenta musitar una oración. Quisiera pedirle perdón por no haber estado a su altura, por no haber logrado títulos, por no llevar su posta.

En el día de su entierro, no faltaron las personalidades, las coronas grandiosas, los discursos emotivos ante la pérdida de ese ser excepcional. Era para sentirse muy orgullosa. De pronto, recuerda el sueño recurrente de las noches anteriores y aparece la Luca, la mama que han contratado para que la cuide.

La ve tomándole la mano para que no se caiga. Con una cuchara en la mano intentando que coma, para que no se enferme, contándole un cuento. Se suceden las imágenes del sueño. Cuando la llevó al colegio el primer día, la paciencia con que trenzaba ese pelo que le llegaba a la cintura. Le parece verla cuando la lleva al parque a andar en bicicleta, cuando la defiende de sus hermanos mayores que la tratan de tonta —tontos son ustedes— les gritaba furiosa. Con ella aprendió a coser a tejer y a bordar. Su caja mágica repleta de parches curitas, y pomadas mágicas para el dolor y los rasguños. Le mostró un mundo maravilloso, de ángeles, demonios, aparecidos, milagros, santos, muertos que movían mesas, soldados patriotas y mujeres malvadas, mundos que iniciaron su carrera literaria.

Se incorpora a la vida. Sacude la cabeza, recoge el ramo de rosas y desanda el camino. Va al otro cementerio. El viejo. Recorre sus senderos sombreados por cipreses y divisas las tumbas y los mausoleos, unos fastuosos, los otros sencillos. Al final del camino, traspasa una reja y se dirige a un sector más modesto, con tumbas a ras de tierra. Sigue adelante. Por último, llega a los patios más alejados, donde están los nichos.

Se le va la mañana leyendo nombres, algunos borrados por el tiempo, pero insiste. Después de una hora, lo encuentra. Queda a su altura. Fija el ramo con dificultad, pero lo logra. Es casi el único de flores frescas. Abundan las plásticas, más baratas y durables. Se sienta en el suelo y contempla las flores del nicho. Y ahí se le aparece como otro personaje más de su bagaje de seres de otro mundo con que pobló su infancia. Alta, con su perfil algo indígena, con su columna recta a pesar de sus años. Siente que la abraza, que la consuela cuando está triste, cuando añora a la madre tan ocupada, y la ve segura, dispuesta a todo con tal de contenerla.

Se levanta y recobra una paz que había desaparecido de su vida. Desaparece el malestar que se agudizaba cada día que celebraba el día de la madre llevando rosas a un lugar equivocado.

LACONSTI, OBSERVACIONES DE SU VIDA Y NECESARIO FINAL

Nació en 1981, tiene exactos 40 años. Nadie sabe su nombre real. Le dicen “LaConsti” porque viene de Constitución. Llegamos acá porque, con el terremoto en la carrera al cerro, LaConsti ayudó a una señora que se había caído. Ella andaba de paseo por allá y nos trajo a Santiago para que LaConsti trabaje en esta casa, tan agradecida por la ayuda. Dormimos mi madre y yo, en una pieza al fondo de la casa.

Amorfa, 1,50 mts, gorda de esa que sale de la guata, de los brazos, de la pera, de la espalda. Ocupa espacio, todos los espacios, tanto que cansa verla. Coja, mucho muy coja, apenas sube la escalera, menos la baja. Nació con algo en la cadera derecha, dice ella y al caminar la pierna parece apoyarse solo lo suficiente para que la izquierda avance. Nunca va muy lejos, nunca mas allá de esta casa.

Barre y tiene que parar a respirar, cocina y jadea, pasa el paño y le falta el aire. A veces dice que me cambia las sábanas sucias, pero es mentira. A veces dice que barre la casa, pero tampoco es cierto. Siempre anda con algo en el bolsillo para meterse a la boca, a veces se come mi comida. En el consultorio le dieron unos pufs, pero parece que no le sirven, siempre esta cansada, dice que tendrá que trabajar hasta que se muera porque no puede volver al campo, no tenemos a donde ir. Viene a ratos durante el día, mientras hace las cosas, a ver si estoy viva y en la noche se sienta en la cama a ver tele.

Dice que es de un fundo muy lejos de todo, allá en Constitución, que en su casa había mucha hambre, parece que su mamá era niña cuando se aprovechó de ella un viejo asqueroso. Murió en el parto y LaConsti quedó chiquitita y huacha. Nadie nunca vio que no podía caminar derecho. En el pueblo había un hospital, pero allá la gente se iba a morir no más, si es que alcanzaba. Nunca fue a la escuela, ¿a dónde? Los niños de ahí a los siete u ocho años, ya trabajaban en la fruta los veranos. Como era bajita se metía bajo las matas y cosechaba lo que alcanzaba. Alguien le puso unas ruedas a su canasta y así arrastraba la fruta hasta el medio del camino, donde se acumulaba. Dice que le gustaba poner la cara hacia el cielo, cuando la llovizna que tiraban los aviones caía sobre la fruta y que tenían un sabor más dulce que las otras. Dice que cuando medía lo que una parra, ya era una mujer y alguien se dio cuenta, parece que quince años tenía. Ahí se puso gorda, y le salí yo, su hija, con seis dedos en cada mano, la cabeza enorme. No morí y acá estoy: solo escucho, parpadeo... mis brazos y piernas están duros y tiesos. Manos y pies deformes. Me alimenta con papilla, uso pañales, dicen acá en la casa que huelo a caca. Solo veo la puerta de la pieza, las moscas que se me acercan y a LaConsti, cuando se asoma a ratos. Siempre igual.

Anoche estaban preocupados porque hubo mucho ruido afuera con golpes de ollas y gritos, igual que hace un año. Hoy retaron a LaConsti por mi mal olor y la amenazaron de nuevo con mandarla al campo, después se fueron a trabajar. Ella vino enojada, me limpió y sacó las sabanas. Quedé algo sucia igual y con la cabeza mal puesta. Me empezó a dar la papilla, hablaba sin parar de que nada es su culpa, que hace lo que puede. Para más remate todo estaba revuelto afuera, no entiende nada, parece que la gente se cansó del hambre, ¿cuál hambre? me dice, mientras me mete una ultima cucharada en la boca y después, otra para ella. Se paró, agarró las sábanas sucias en las manos, arrastrándolas un poco. No pensó que podía vomitar, no lo vio venir. Se resbaló con la sábana que arrastraba, y cayó sobre la rodilla derecha que se abrió como un ala. Quedó tirada en el suelo y gritó como nunca. Yo no puedo gritar, me falta el aire y me sale papilla por la nariz. Ella grita cada vez mas bajo y yo veo todo negro. Sigue el ruido de ollas y cantos afuera, como de fiesta, nadie la escucha. Será mejor así, este mundo sin mi olor a caca, ni la insoportable gordura hambrienta de LaConsti, que vino del campo de Constitución a Santiago, en el centro de Chile y muere sin pena ni gloria, este 25 octubre de 2020.

EL POEMA

Al despertar, E descubre que el reloj es una jaula, y el tiempo un pajarito condenado a la cámara de gas. Por eso, lo mejor es levantarse sin saber si está despierto o soñando, dejar que este lunes de mierda, su primer día en la mina, se estire indolente como el gato a los pies de su cama.

Y ya en Maule, Pique Arenas Blancas, Carbonífera Filial Schwager: ¿Y tú?, pregunta el jefe de Tráfico Principal, con tono mandón y los ojos perdidos en el fondo de unos horribles poto de botella.

¿Qué haces aquí? ¿Qué no eres el hijo del finao Salamanca? ¿Eugenio Salamanca, el barretero, o me equivoco? ¿El hijo mayor? ¿El que escribe canciones? Y: Sí, dice E, el mismo. Me dijeron que me presentara con usted. Soy el nuevo apir. Ah, el apir, dice el jefe, encendiendo y apagando la luz de la lámpara en su casco blanco: El nuevo ayudante de caminero. Y lo mira y lo mide y lo vuelve a mirar. Y luego piensa y le pregunta: ¿Sabes qué día es hoy? Lunes, contesta E. Correcto, vuelve a decir el jefe. Lunes. Lunes 10 de mayo. Y sigue pensando. Y piensa y vuelve a pensar. Y sin alzar la voz le ordena: Ya, quítate el casco, el cinturón, lleva tu lámpara de regreso a lamparería y me esperas aquí, ¿de acuerdo?

E siempre le tuvo tirria al filón. La mina le hace mal a la gente, si no la mutila, la mata, la embrutece. E sólo quiere escribir canciones, como las de Serrat, como Silvio.

El jefe vuelve al rato. Silbando: Y entonces, ¿dónde estábamos? Ah, 10 de mayo, dice; ¿y qué celebramos, qué se celebra hoy, poetazo?, (así, tamaño optimismo). E se encoge de hombros (nada tiene que celebrar, es su primer día en la mina, donde nunca quiso llegar, su bautizo en el infierno). Y el jefe se ríe y le dice: El día de la madre, pues, hombre, el día de la madre. Tengo un trabajo para ti. Tu primera pega en la mina. Hoy no bajas a fondo pique. Me vas a escribir un poema. Un poema a la madre. La madre del minero. Un poema del minero a su madre. ¿Vale? Aquí tienes papel y tienes lápiz, un par de plumones y borrador. Lo pones ahí, en la pizarra, quiero que todos lo lean cuando entren y salgan. Y se va.

Y E, medio perplejo aún, E que no sabía que era poeta, pero intuye que poesía es suma-resta de seres, artefactos y lugares, pensó en la perra Laika y sus cachorros colgando de las tetas. Pensó en placentas, vísceras; pensó en la panza hinchada de su madre. Su madre, la astronave que lo trajo a este planeta. Pensó en la Madre Tierra y todas sus criaturas flotando en el vacío del espacio; en la lengua de La Laika rasgando el saco vitelino de sus crías; las manos de su madre que espantaban demonios y dolores; la Ñuke Mapu disparada a través de las estrellas. Y cayó en cuenta que la mina es huevo, un gran útero de granito. Y se puso a escribir, tacha que tacha, escribe que escribe, entre el olor a grasa y electrodos, carros que iban y venían del socavón, un poema que habla del hijo que nace del fondo de la mina. Dos cuartetos, ocho versos asonantes en los pares, dos paladas de palabras simples en un pergamino. Y lo colgó a la entrada en vestidores. El poema del minero que nace, cada día, del fondo de la tierra al regazo de la madre. Un texto que bien pudo haber escrito un niño, pero que pareciera esconder en su caligrafía, una claridad redentora, parecida a parir y ser parido. Sobre todo ante el rostro áspero del viejo, que con un lápiz y un papel en la mano le decía:

—Oiga, mijo, ¿escribame aquí eso que dice la pizarra? Por favor. Es para mi mamá. Está re lindo y usted tiene bonita letra.

Y detrás de él, una hilera de choyoncas, todos con un lápiz y un papel, esperándolo para lo mismo.

RECUERDOS: MI MOROQUITO

Fue en una noche de invierno, cuando la lluvia y el viento se hacían sentir con fuerza sobre esa pequeña casa de madera y el viento, como un convidado de piedra, se colaba por la parte de abajo de la puerta, intentando apagar la pequeña vela que alumbraba la pequeña cocina.

En un rincón junto a los palos de leña y tapado con un pellejo de oveja, vi por primera vez a mi Moroquito. Un niño demasiado delgado y pequeño para su corta edad. Había quedado al cuidado de su tía, pues sus padres habían fallecido hace poco tiempo. Su tía, mi comadre, una mujer tosca y fría, lo consideraba una molestia y un buche más que alimentar.

Cuanto anhelaba llevarlo conmigo, cuidarlo, llenarlo de besos y abrazos que tanta falta le hacía, apenas me veía corría y se abrazaba a mis piernas, esperando ese pequeño trozo de pan que traía escondido en los bolsillos de mi amplia falda.

Me habían ofrecido un trabajo en el pueblo, así que me fui a contárselo a mi comadre y a la vez despedirme de mi Moroquito, ya que pasaría mucho tiempo antes que volviese a verlo. Qué extraño, nadie salió corriendo a recibirme. Le pregunté a mi comadre por el niño... ahí está haciéndose el enfermo, contestó. Entré en esa pequeña cocina y lo vi tendido sobre su pellejo de oveja, su carita por lo general pálida tenía un color rojo, como el pecho de la lloica. Comadre, parece que tiene fiebre... ah, no sé, quizás un poco, es un mocoso flojo, no se acomode en nada. Comadre, hay que llevarlo a un médico... de onde voy a sacar chaucha para llevarlo al meico, no soy rica, si quiere lo lleva usted comadre, ya que se las da de ricachona. Miré ese pequeño bultito y mi corazón se contrajo. Lo tome en mis brazos y me lo traje al hospital del pueblo, donde estuvo varios días batiéndose entre la vida y la muerte. Dios no lo quiso así, y le regaló muchos años más de vida...

Una vez recuperado volví con él a la casa de mi comadre, cuál fue mi sorpresa que en la pequeña casa de madera no había nadie. Preguntando, preguntando me dijeron que mi comadre se había ido a trabajar a la capital. Fue así como llegó mi Moroquito a mi vida.

Es verdad, no todo ha sido color de rosa, no Señor, hubo momentos en los cuales me sacó canas verdes y no les voy a mentir, le di sus chicotazos y se los merecía, porque la madre que ama a su hijo lo disciplina, sobre todo cuando no quiso estudiar más y se puso a trabajar.

Es verdad niños, que su padre no es el hijo nacido de mis entrañas... Es el hijo nacido del corazón, fue él el que me enseñó a ser madre.

...Niños, es tarde, dejen dormir a la mamacita... mamacita es hora de dormir... sabes hijo, uno con los años duerme poco y los recuerdos golpean el alma como la lluvia y el viento la pequeña casa de madera.